

El CSIC en la transición democrática

Enric Trillas

Arbor CLXXVI, 695-696 (Noviembre-Diciembre 2003), 79-109 pp.

En el estilo de unas páginas-vividas del periodo 1984-88, y desde lo que permite la memoria del autor, se relatan acontecimientos, algunas de las ideas que estuvieron detrás de ellos y anécdotas sucedidas en ese tiempo. La única intención del artículo es la de ofrecer unos recuerdos que, eventualmente, puedan ayudar a comprender mejor aquellos años.

1. Introducción

El título de este artículo, que me fue sugerido por el editor, es esencialmente impreciso por cuanto el término «transición» no tiene bordes definidos. En la hipótesis de que se refiriese al periodo histórico que media entre la muerte del general Franco y la aprobación de la actual Constitución o la formación del primer gobierno fruto de la misma, en cuyo caso la imprecisión desaparecería, podría decir muy poco ya que, entonces, mi relación con el CSIC estaba limitada a relaciones con alguno de sus investigadores y mi desconocimiento del mismo era muy grande. Como sea que, como es sabido, tuve intensísimas relaciones con el CSIC entre finales del mes de mayo de 1984 y mediado el de octubre de 1988, tiempo durante el que incluso ayudé a que el nombre que corresponde a esas siglas se mantuviese, he supuesto que había alguna razón de peso para sugerir tal título. ¿Cuál podía ser esa razón? Una primera hipótesis que me vino a la cabeza fue la del

error mecanográfico; el editor había querido decir «La transición democrática del CSIC», en cuyo caso y sin que la imprecisión desapareciese, por lo menos cabría pensar que cuanto se hizo entre 1984 y 1988 fue ayudar al CSIC a transitar hacia alguna meta democrática que se alcanzaría con posterioridad y que, sin duda, implicaría una real mejoría del Consejo, como lo fue para toda España el tránsito de la dictadura a la monarquía parlamentaria. Sin embargo, y de nuevo, mi escasa relación con el organismo como tal después de octubre de 1988, aunque con muchas más y más gratificantes relaciones personales con sus investigadores, me hizo difícil aceptar esa hipótesis y hube de buscar otra que, aun sin gustarme demasiado, me permitiese mantener el título sugerido. He aquí la nueva hipótesis.

En lo que se refiere al mundo de la investigación, como en cualquier otro orden de la actividad humana parcialmente regulable por el Estado, si desde el punto de vista jurídico, tras la Constitución vienen las leyes y tras éstas los decretos del gobierno de turno, la llamada Ley de la Ciencia de 1986 no llevó a un nuevo decreto de funcionamiento del CSIC hasta bastantes años después de 1988, con lo que, ciertamente, mi periodo de relación intensa con el organismo tuvo como marco jurídico una ley dictada inmediatamente después de la guerra civil y un decreto orgánico de 1977 y, por tanto, no sólo anterior a la Ley de la Ciencia sino a la Constitución. Desde ese punto de vista, cabe decir que conocí bien el CSIC en una parte de su transición hacia las consecuencias del desarrollo jurídico y normativo de la Constitución de 1978 y, claro está, no me corresponde a mi hablar de esas consecuencias. Sólo puedo hablar, con algo de conocimiento, de la época en que ocupé la presidencia y así tanto agradecer al editor que me haya confiado hablar de ella como honrarle manteniendo el título que sugirió al pedírmelo. Honrarles, a él y a la dirección de ARBOR, por cuanto lo merece el intento de brindar a la opinión de los lectores los puntos de vista de quienes, aunque fuese temporalmente, han conocido al CSIC intensamente y tal vez, como es mi caso, lo han querido. Agradecerles el pedido, por cuanto es la primera vez, después de casi quince años, que tengo la oportunidad de escribir sobre un periodo de mi vida que fue, a la vez, difícil, apasionante y gratificante.

¿Por qué no me acaba de satisfacer la hipótesis conceptual que me ha permitido mantener el título? No lo sé explicar muy bien pero, posiblemente, tal insatisfacción es debida a un creciente escepticismo sobre las regulaciones estatales de actividades específicas que tienen lugar en entornos amplios y de gran complejidad, como al fin y al cabo lo es la actividad investigadora. En el mundo científico, y no

sólo en él, cada vez creo más que lo importante son los buenos usos y costumbres y que con frecuencia las reglamentaciones son demasiado, digamos, lineales para permitir el margen de flexibilidad y tolerancia que requiere el desarrollo de tales usos y costumbres; unos conceptos que en sí son de orden ético y social, y no propia o exclusivamente políticos. Recuerdo bien la ilusión y buena fe con que se redactó la Ley de 1986 y, diecisiete años después, ¿qué queda de ella? En realidad, algunos usos y costumbres del mundo de la ciencia que ya habían empezado a serlo de nuestra comunidad científica y que la ley no sólo vino a reforzar sino a extender. Hoy en día nuestro país es ya, con todas sus carencias, un país homologado en el mundo de la producción científica.

La investigación la hacen mujeres y hombres. Personas las mejores de las cuales, como investigadores, suelen ser muy poco aficionadas a las reglamentaciones jurídicas y a sus cambios. Un cambio de reglas internas suele conllevar un periodo temporal, de duración no acotada con precisión, durante el cual las cosas se trastocan, y la investigación suele requerir estabilidades de diversos tipos. Tal vez por todo eso hubiese preferido un título más íntimo; algo así como «El CSIC que conocí» o, por qué no, «Mi CSIC».

Precisamente por esos trastoques que pueden llegar a reducir lo que, a mi juicio, es esencial en el Consejo, es decir, la producción de resultados científicos y tecnológicos, al alterar las situaciones de equilibrios internos, es por lo que no vimos prisa ninguna en cambiar el reglamento pre-constitucional de 1977 una vez publicada la Ley de la Ciencia. Aquel reglamento contenía a la vez buenas precisiones y buenas imprecisiones que permitían el progreso del CSIC. También por un motivo parecido estuve en contra, durante la preparación de la ley de 1986, de que el Consejo dejase de ser un organismo autónomo para pasar a ser un organismo de tipo comercial, sin funcionarios y con personal contratado, como en aquel entonces se deseaba en el Ministerio de Industria cuyo titular, no obstante, aceptó mis argumentos sobre la desestabilización interna que, a mi juicio, se produciría en tal eventualidad, y que podía llevar a un retroceso de los avances conseguidos entre 1984 y 1986. Por decirlo de manera fácil, cada vez me siento más cercano a los procesos graduales que, aun impulsados desde arriba, no alteren bruscamente los equilibrios sensatos que hay más abajo. Por descontado que eso no implica que no deban existir marcos legales, pero sí implica que esos marcos evolucionen con las situaciones, siempre que estas no sean manifiestamente contrarias a los buenos usos y costumbres de cada momento.

Debe estar claro después de lo que antecede que no escribo este artículo sino desde recuerdos y percepciones que actualmente me quedan de la época; como actor no secundario de aquellos años no puedo intentar la objetividad de un historiador, por lo que sólo pretendo dar algunas pistas que puedan servir para interpretar como vi aquel tiempo. Otra cosa no puedo ofrecer, o no me siento capaz de ofrecerla. Eso no significa ni que no pueda comprender otros puntos de vista, desde más o menos concordantes hasta discordantes del mío (y que, por descontado, un historiador tendría que cotejar cuidadosamente), ni que pretenda escribir sobre todo cuanto aconteció, se hizo o se deshizo en tal tiempo. Además, aun usando frecuentemente la primera persona del singular, tampoco pretendo un enfoque que pueda hacer creer en un protagonismo absoluto de quien escribe el artículo. Muy al contrario, tanto a la tutela del Ministerio de Educación y Ciencia del que entonces dependía el CSIC (y, muy especialmente, de don Alfredo Pérez Rubalcaba y del ministro don José M^a Maravall, así como de los secretarios de Estado doña Carmina Virgili y don Juan Rojo), como al trabajo del secretario general don Salvador Meca y de los vicepresidentes Jesús Sebastián, Javier L. Facal, Manuel Dabrio y Enrique Tortosa, entre otros muchos, como fueron los vice-secretarios, los miembros de la Comisión Científica, así como los de la Comisión Económica, la Junta de Gobierno y los directores de los institutos, hay que atribuir lo que puedan llamarse éxitos. Es más, considero que lo que pudiese considerarse como un fracaso sólo me sería atribuible a mí que, finalmente, podría haberlo evitado.

El mantenimiento, a mi llegada, de todo el equipo de don José Elguero no se debió sólo al deseo ministerial de mostrar una cierta continuidad sino que, en esa misma línea y sin conocer a ninguno de sus integrantes, acepté ese deseo por cuanto permitía contar de inmediato con personas que conociendo bien el CSIC y habiendo participado en lo hecho en el tiempo inmediatamente anterior, ayudasen a suplir mi desconocimiento inicial y se pudiese entrar en materia sin demora.

Como dice don Emilio Lledó en *El surco del tiempo*, «Fruto del paso de un individuo por la historia, la palabra marca, a través de la escritura, esa inestable frontera donde más allá de ella se delimita la posible objetividad de las referencias; el determinado mundo del autor, sus motivaciones, influencias, y, más acá de ella, siempre fluctuante también, el complejo mundo que yace en los ojos del lector". No lo sabría decir mejor.

2. Primeras impresiones al llegar al CSIC

Antes de la victoria electoral del partido socialista en 1982, ya había realizado algunas actividades relativas a la llamada política científica (expresión realmente horripilante) y recuerdo que con motivo de discusiones sobre la misma en la entonces sede de la calle Santa Engracia, me di cuenta que en los documentos que se manejaban no se hablaba específicamente del CSIC y, en una carta a don Javier Solana con diversos comentarios al respecto, de la que guardo copia, también le alertaba de que en el futuro inmediato habría que tener en cuenta al CSIC que me parecía, por lo menos en Madrid, de gran tamaño. Cuando llegué a la presidencia esa era una idea que llevaba en la cabeza; me parecía que el CSIC tenía un tamaño grande y no sabía bien si el mismo se correspondía con algunas funcionalidades para la adecuada ordenación de sus actividades. También creía que tenía mucho más personal investigador y técnico del que había realmente y no tenía ni idea de los intentos de reestructuración y de estudio de la calidad investigadora que mi antecesor había comenzado o continuado. Si hube de aprender rápidamente muchas cosas, pronto me di cuenta que se me había confiado la dirección de un organismo que, en buena parte, estaba desmoralizado y me vino a la memoria aquello de que uno puede ganar una batalla con soldados mal vestidos, pero no con soldados desmoralizados. Por lo tanto, había el problema inmediato de levantar tanto como fuese posible la confianza del personal investigador del organismo. Esa falta de confianza tenía algunas razones objetivas y, entre ellas y principalmente, el hecho de que desde hacía bastantes años no se creaban nuevas plazas y como mucho se convocaban las vacantes que se iban produciendo lo que, junto con una cierta opinión social adversa al CSIC a causa de sus orígenes legales, a la creencia (ni ya justificada ni mucho menos general) de que era un reducto del franquismo, así como al mal funcionamiento de algunos de sus servicios y a problemas más o menos endémicos en algunos de los centros ubicados en las universidades, podían llevar a una visión del mismo como algo obsoleto.

A ello cabía añadir la creencia de que, durante los llamados Planes de Desarrollo Económico y Social, el CSIC se había beneficiado en mayor medida que las universidades de la financiación de ellos proveniente, sin haber dado resultados que lo justificasen. Hay que recordar que a comienzos de los años ochenta las universidades tenían, entre otras, gravísimas carencias de aparataje científico y personal técnico de apoyo a la investigación; en buena medida, en ellas «investigar

era llorar» y muchos pensaban que el CSIC era una excepción que, además, era injustificada tanto desde el punto de vista de la producción de resultados como de la formación de personal investigador. Personalmente, si no llegué al CSIC completamente exento de esas opiniones pronto pude darme cuenta de que, hubiera sido cual hubiese sido el pasado, la realidad de 1984 era francamente distinta, aunque fuese cierto que había personal investigador que no satisfacía los estándares mínimos de la época; que había centros que no tenían ya ningún sentido y que había otros que, como el Museo de Ciencias Naturales, estaban en un estado físico catastrófico. Además, había diferencias importantes entre la percepción del organismo central del CSIC desde los centros de Madrid y desde los centros de otras Comunidades Autónomas. Para ampliar las plantillas investigadoras del Consejo había que tener claro para qué, dónde y cómo. En particular, las diferencias cualitativas entre los centros de los antiguos Patronatos eran manifiestas y no cabía, realmente, pensar aún en que el CSIC tuviese «unidad» científica. Además, parecía indispensable, sobre bases reales, mejorar la imagen social de un organismo que no podía, a mi juicio, permitirse el lujo de no ser apreciado por la sociedad con cuyos recursos se mantenía.

Mis preocupaciones aumentaron considerablemente cuando, con motivo de unos encuentros de altos cargos del gobierno que se celebraron aquel primer verano para intercambiar puntos de vista, pude saber de primera mano lo que en algún relevante ministerio se opinaba del CSIC y que puede resumirse en «inútil y caro». Para ser justo debo decir que las mismas personas que entonces expresaron opiniones tan duras como «ni un duro, hay que cerrarlo», «pedid un libro en la biblioteca de Medinaceli y vereis», al poco tiempo fueron importantes soportes del Consejo. Por tanto, durante las vacaciones de agosto de 1984 tuve mucho sobre lo que meditar. ¿Qué salió de estas meditaciones? Por suerte, conservo los cuadernos de notas de entonces con apuntes de mis cavilaciones, los cuales me permiten recapitular en cierto grado lo que pensé.

En primer lugar, la decisión de rodearme de un pequeño grupo de investigadores, tanto del CSIC como de la universidad, que pudieran transmitirme, sin sentirse responsables de unas políticas concretas, tanto estados de opinión interna como externa; necesitaba estar bien informado al margen de opiniones preestablecidas y ser contradicho sin subordinación alguna. El primero en acudir a mi lado fue don Antonio Ballester (oceanógrafo); luego don Carlos Angulo (ingeniero de Telecomunicación) y, finalmente, don Jaime Casabó (químico). Más adelante, doña Josefina Castellví sustituyó al profesor Ballester y, por un tiempo, don José M^a Quintana a la profesora Castellví.

En segundo lugar, y como algo esencial, la seguridad de que contando con la confianza y apoyo de las autoridades del Ministerio de Educación y Ciencia, debía hacer todo lo posible por mantenerla, lo que implicaba tener con ellas una línea continuada de consulta, información y asesoramiento, que permitiese conocer bien las disponibilidades de todo tipo (incluso las anímicas mutuas) para que lo que se fuese solicitando pudiese ser obtenido. En tercer lugar, que era urgente dotar al CSIC de nuevas plazas de investigadores y técnicos, en el convencimiento de que en los centros de investigación hay que tener la confianza de que, con buena producción de resultados, la promoción debe estar garantizada aunque no pueda precisarse el tiempo en que se producirá. En este apartado nunca me cansé de repetir que el CSIC no formaba únicamente investigadores para él mismo, lo que realmente no estaba en su tradición, sino que los formaba para el sistema español de I+D. A mi juicio, la negación de esta afirmación (lo que es igualmente válido para las universidades) está en el origen de un mal difícil de corregir, el de la endogamia que, en el CSIC de entonces, me pareció extremadamente dañino y, por eso, cuando se empezaron a convocar nuevas plazas suprimimos el sistema de que los tribunales estuviesen formados sólo por personal del Consejo; a muchos años de distancia creo que con ello se contribuyó a la mejora del CSIC, que si no pertenece su personal, si es lo que es su personal. Si hoy tuviese que responder a la pregunta «¿Qué considera que hizo mejor en el CSIC?», sin duda respondería lo que entonces, «Suprimir los bombos para el sorteo de los tribunales; los bombos son tontos y lo que necesitamos son investigadores de calidad, con los usos y costumbres de la buena ciencia internacional». Además, había que rejuvenecer las escalas de investigadores que no daban la clásica pirámide sino más bien una peonza de edades.

En cuarto lugar, me pareció que había que continuar la ya iniciada reestructuración y supresión de centros; en mayo de 1984 el número de centros era superior a ciento veinte y en octubre de 1988 era de noventa, de los cuales 10 eran de nueva creación. No sólo eso, sino que el CSIC debía contar con un tipo singular de centros, especialmente para la ejecución directa de investigaciones que el gobierno, dentro de una política global para la I+D, considerase de interés nacional. Sigo pensando que el CSIC debe ser el gran organismo con el que el gobierno ha de poder contar para acciones científicas de envergadura en las que intervengan actores jurídicos diversos. Por eso, muy pronto después de aquel verano, apareció el Real Decreto de Centros con Patronato, cuyo borrador redactamos don Alfredo Pérez Rubalcaba y

yo mismo, y al que se acogieron no sólo los nuevos Centros Nacionales de Microelectrónica y Biotecnología, sino también y más adelante otros centros, de nueva creación o no; como fueron los casos del nuevo Instituto de Filosofía y del viejo Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Dentro de la política de reestructuración de centros, y respetando escrupulosamente el Reglamento de 1977, no era un problema menor el del nombramiento de los directores quienes, sin duda, debían ser investigadores con los mejores usos y costumbres científicas, de tal forma que si no los había en el centro era mejor nombrar uno de fuera o suprimir el centro. Ambas cosas se hicieron, aunque en la mayoría de los casos los había en el centro (si bien no siempre figuraron en la terna del claustro científico), y no se suprimió ningún centro que no fuese minúsculo sin una auditoria externa o agrupando a sus investigadores en uno de mayor envergadura, como sucedió con el nuevo CID de Barcelona que conjuntó media docena de pequeños institutos.

En quinto lugar y como sea que desde los años de la República no se había realizado ninguna expedición científica de cierta envergadura, me pareció que era algo que le tocaba reemprender al CSIC. Y poco tiempo después las cosas vinieron rodadas al poder iniciar, con buques oceanográficos extranjeros, las expediciones a la Antártida que culminaron en el establecimiento, por Antonio Ballester y Josefina Castellví, de la entonces minúscula «Base Antártica del CSIC» en la isla Livingstone, que luego pudo convertirse en la «Base Española Juan Carlos I». Esa serie de pequeñas expediciones también impulsó la necesidad de un buque polar y de ahí la realidad actual del Hespérides. Hoy nuestro país cuenta con el gran laboratorio natural de la Antártida, donde los científicos españoles van cada año a realizar sus trabajos y, además, se pudo entrar en el tratado Antártico. En el verano de 1984 todo eso no era sino el sueño de unos pocos.

En sexto lugar, previendo que lo que ya se hacía en Cataluña respecto al impulso para la ciencia se generalizaría a todas las Comunidades Autónomas y como fuese que el CSIC tenía institutos en muchas de ellas, parecía obligado avanzar en las relaciones conveniadas con las Comunidades Autónomas. Es decir, que el Consejo debía mantener las mejores relaciones posibles no solo con diputaciones y ayuntamientos sino, especialmente, con los gobiernos autonómicos. De ahí surgió luego la idea del delegado del CSIC, que primero se estableció en Cataluña y luego en Andalucía (con la delegación en Sevilla y una subdelegación en Granada), en Madrid, Galicia y Valencia. En los años 1984 a 88 las relaciones del CSIC fueron francas y constructivas con muchos gobiernos autonómicos lo cual, sin duda, propició un mayor

aprecio del organismo. Recuerdo, con nostalgia, cuando comuniqué la decisión de que en las comunidades con lengua propia cabía traducir a ésta el nombre «Consejo Superior de Investigaciones Científicas» en condiciones iguales que en castellano.

En séptimo lugar, como he dicho anteriormente me preocupaba enormemente la imagen social del organismo, pero no tenía claro cómo podría ayudar a mejorarla. Mi preocupación iba por lo menos en dos direcciones: percepción de algo que venía del franquismo y de algo envejecido y cerrado en sí mismo. Por ejemplo, se había cambiado el nombre a la Residencia de Estudiantes por el de Residencia de Investigadores; el antiguo auditorio de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se había convertido en la Iglesia del Espíritu Santo (el Arzobispado de Madrid no fue sensible a mis demandas de retroacción); el Pabellón Transatlántico estaba en una situación física lamentable (se le llamaba el Hispano-Marroquí, por cuanto allí se había alojado el hijo del Jalifa del Protectorado); el Instituto Cajal estaba de hecho realquilado en un edificio que, de tan lleno, daba pena físicamente, y, en fin, el Consejo como tal no contaba para nada en la vida cultural madrileña, lo que a mi juicio, con la cantidad de centros que había en Madrid, era lamentable.

Además, me parecía que el CSIC estaba, en su conjunto, demasiado alejado, contrariamente a lo que de forma natural sucede en las universidades, de la juventud estudiosa y que se debía hacer algo para incorporar estudiantes a punto de terminar sus estudios universitarios; algo que más adelante dio lugar a las becas llamadas «bicicletas» por el dibujo que apareció en el cartel anunciador y que don Eugenio Iglesias gestionó con ánimo y dedicación. Más adelante, y cuando ya se habían mejorado en parte los aspectos de comunicación social, el premio de periodismo científico y la beca para periodistas que quisiesen conocer a la ciencia y los científicos, juntamente con la Agencia EFE, creo que fueron buenas iniciativas para que el CSIC fuese mejor conocido.

En octavo lugar, era necesario replantear las relaciones con las universidades que, a todas luces y en buena parte, se correspondían con un modelo de los años 40/50 que ya no era ni acorde con la realidad del CSIC ni con la universitaria. Había aún pequeños centros ubicados en las universidades y se producían tensiones en los centros mixtos entre la gente del CSIC y la gente de la universidad para, en conclusión, restar efectividad a la colaboración. En el verano del ochenta y cuatro el problema estaba claro pero no lo estaba tanto la solución; el problema involucraba, además, a familias que vivían desde hacía tiempo en lugares determinados.

En noveno lugar, y ni mucho menos poco importante sino más bien esencial para que lo anterior pudiese encajar en un todo, la ya iniciada programación de objetivos científicos debía no sólo proseguir sino reforzarse. A la distancia de hoy sigo pensando que si el CSIC es lo que son sus investigadores, el organismo no puede aparecer como un *totum revolutum* de proyectos, generalmente de tamaño pequeño, sino que, salvando todas las iniciativas individuales de calidad, ha de presentarse socialmente como un lugar donde se desarrollan grandes y medianos programas; líneas de investigación con una buena permanencia temporal, que permitan a los equipos de investigadores profundizar en ellas, ir formando tranquilamente personal investigador y mantener las mejores colaboraciones con científicos externos. En cierta forma, los programas me parecían como departamentos inter-institutos e interaccionando con departamentos universitarios. Sigo pensando que si el CSIC no tiene una programación interna (que no puede significar un *diktat* desde las alturas, sino que debe ser el fruto de un adecuado entendimiento entre sus investigadores y otros de fuera con la dirección) que marque objetivos a un cierto y elástico plazo, es difícil distinguirlo de las universidades, las cuales añaden siempre la formación de graduados y doctores. Sigo pensando que un CSIC sólo programado desde fuera del mismo corre el riesgo de perder identidad y centrifugarse, y que si no es capaz de programar un buen porcentaje de sus actividades su efectividad es dudosa y no optimiza suficientemente ni el gasto ni las instalaciones. A este respecto, las relaciones internacionales del Consejo, así como las relaciones establecidas por convenio con las universidades, me parecían doblemente importantes.

Finalmente, en 1984 ya era evidente que antes o después (y fue en 1986), nuestro país formaría parte de la Comunidad Europea lo que, por decirlo rápidamente, exigía que en los tiempos inmediatos prestásemos la mayor atención a las relaciones del CSIC con organismos más o menos equivalentes de los países que entonces integraban la CEE. En particular, me parecía obligado el mayor acercamiento posible al CNRS francés y al CNR italiano, organismos con origen y estructura conceptualmente parecidas al CSIC.

3. Una mirada breve hacia el exterior

Sin mucho orden y concierto temporales, creo que merece la pena recordar por escrito algunas situaciones que puedan ayudar al lector a imaginarse y comprender mejor en que trayectorias se movieron

algunas de las cosas que se hicieron entre 1984 y 1988. Ante todo una anécdota que no se me ha borrado de la cabeza.

Con motivo del interés, recíproco, de estrechar relaciones entre el CSIC y el CNR, viajé a Roma (debía ser a finales de 1985 o comienzos de 1986) para conocer personalmente al presidente del organismo italiano, a la sazón el profesor Luigi Rossi Bernardi. Los largos pasillos que, desde la entrada principal del edificio Central del CNR conducían al despacho del presidente estaban enmoquetados y debí cargarme tanto de electricidad estática que, al entrar en su despacho y darnos las manos, le solté una descarga tal que, literalmente, Rossi Bernardi dio un salto. Lo que parecía un mal comienzo dio lugar a que se estableciese entre ambos una relación muy cordial que permitió una excelente comprensión y unas buenas relaciones de cooperación; no se si hubo buena química, pero hubo buena electricidad. Por ejemplo, cuando inauguramos el Centro de Estudios Avanzados de Blanes, en el que un investigador del CNR y otro del CNRS ayudaron durante el primer año a empezar con buen pie, Rossi Bernardi viajó a España para acompañarnos en su inauguración oficial.

Si en Roma todo fue a pedir de boca con el CNR, no puedo decir lo mismo por lo que respecta a nuestra embajada allí; es más, pienso que uno de mis fracasos en la gestión del CSIC se produjo en lo relativo a la Escuela de Roma que, en realidad, quedó absorbida por el Ministerio de Asuntos Exteriores, debido a la intransigencia conceptual del entonces embajador de España en Italia quien, en una cena en la embajada, llegó a abandonarnos repentinamente en la mesa a López Facal y a mí. Vale decir que, en otros aspectos como fue en el caso de las campañas antárticas, el Ministerio de Asuntos Exteriores fue no sólo un firme puntal para el CSIC sino que, la Dirección General de Relaciones Culturales fue económicamente generosa con el Consejo. En realidad, el episodio romano fue la excepción en las relaciones con ese ministerio que en ocasiones como las exposiciones de libros en el extranjero, entre otras, fueron excelentes.

La preocupación por estrechar relaciones con el CNR y el CNRS fueron una constante entre 1984 y 1988, unos años en los que los dirigentes de los tres organismos (el director general del CNRS era el profesor Georges Papon) mantuvimos una cordial relación con la intención de ir hacia una cooperación trilateral cada vez más intensa que, a la larga, condujese primero a una asociación y luego a una fusión en un gran y potente organismo europeo de investigación y desarrollo. A mediados de 1988, dos años después de la incorporación de España a la CEE, tal idea casi había cuajado y, cuando dejé el

CSIC, ya habíamos empezado a discutir las posibilidades de un primer acuerdo trilateral que permitiese compartir investigadores en un régimen de movilidad lo más amplio posible. Cuando, a mediados de 1988 viajé a Hungría pude comprobar que, en la Academia de Ciencias de ese país, esa operación a largo plazo merecía un gran interés. La verdad es que no se que sucedió con tal iniciativa, de la que no he vuelto a oír hablar y de la que sigo creyendo que, en el grado que fuese posible, sería de gran importancia.

También, y como sea que la evolución de la Unión Soviética parecía segura, aún cuando no cupiese imaginar el final que tuvo, se intentó sin gran éxito avanzar en las relaciones científicas con la que entonces era una gran potencia científica. Sin duda el momento político no permitió gran cosa ya que no solo se habían producido algunos episodios lamentables de espionaje absurdo, como, por ejemplo, intentar comprar a investigadores españoles artículos de investigación que serían publicados en buenas revistas, o fotografiar placas de identificación de ordenadores, sino que además un investigador soviético de viaje en España desapareció «misteriosamente». En esta situación viajé a Moscú con una amplia delegación del equipo directivo del CSIC, pese a conocer que las autoridades soviéticas pretendían responsabilizar a nuestro país de la desaparición del científico, en la convicción de que conocían perfectamente qué le había pasado y para demostrarles, a la vez, que ni nos sentíamos involucrados en el suceso, ni queríamos que un acontecimiento propio de la guerra fría enturbiase las relaciones entre científicos. Los primeros contactos privados con el vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS Ovchinnikov, en un clima de gran cordialidad, me confirmaron que allí había gentes de Gorbachov, partidarios de la apertura, y gentes digamos más proclives al enfrentamiento. A la mañana siguiente y en la entrevista con el presidente de la Academia, todo sucedió correctamente pero, al despedirnos e invitarle yo a corresponder a mi visita con una suya a Madrid, me respondió que no podía visitar un país que perdía a «sus» científicos, a lo que, reiterando la invitación, le contesté «pues ya ve que yo puedo visitar un país que los pierde». Luego, en la comida oficial con Ovchinnikov todo transcurrió de nuevo con cordialidad y alegría, pese a que la entonces ley seca oficial nos llevó a brindar con un horrible zumo de manzana. En aquel momento (creo que era en 1987), ellos tenían sus preocupaciones puestas en otros problemas que les acuciaban mucho más que la relación científica con el CSIC.

Un acontecimiento que considero importante en la historia del Consejo es el de la celebración en Madrid y Barcelona del gran Congreso

Weizmann, poco antes del establecimiento oficial de relaciones diplomáticas regulares entre España e Israel, que contó con la presencia de varios galardonados con el premio Nobel y del que queda, en el jardín de Serrano, el recuerdo de una placa conmemorativa y dos árboles que plantamos el presidente del Instituto Weizmann y yo mismo. Creo que fue un acto de reconocimiento a las importantes aportaciones a la ciencia y al pensamiento racional de tantos y tantos judíos, así como un homenaje larga y colectivamente debido por los científicos españoles a las víctimas del Holocausto al margen de opiniones políticas y estratégicas.

4. Una mirada retrospectiva hacia el interior

A poco de entrar en el Consejo me encontré con cinco aspectos que creí importantes: la puntualidad de la memoria anual, el servicio de publicaciones, el gabinete de estudios, el gabinete de prensa y la revista ARBOR. En lo que respecta al primero y según creo recordar, nunca conseguimos publicarla antes de finalizar el primer trimestre del año, lo que no daba la mejor impresión de nuestra capacidad organizativa. En cuanto al segundo, supe cosas que me pusieron los pelos de punta; por ejemplo que periódicamente se hacían quemas de libros no vendidos; que las tiradas eran muy grandes y que había algún contrato comercialmente incomprensible. Además ya conocía, por experiencia propia anterior, lo difícil que era hacerse con las publicaciones del CSIC. Ahora pienso que la labor del nuevo Jefe del Servicio, don Jaime Josa (que vino de fuera y luego se quedó como investigador del Consejo), fue excelente: co-publicaciones con otras editoriales; mejora de la distribución; ventas de saldos en lugar de quemas; nuevas colecciones como «Nuevas Tendencias»; la nueva librería del CSIC en Barcelona y muchas otras, fueron importantes para sanear conceptual y económicamente una parte muy importante de la labor del CSIC.

En cuanto al Gabinete de Estudios de la Presidencia, valga decir que siempre fue un soporte importante de las decisiones que se tomaron entre 1984 y 1988 y que, por el trabajo de todo su personal y la labor de sus dos directores, don Uxio Labarta primero y don Ignacio Fernández de Lucio después, aquellas decisiones pudieron ser evaluadas con cifras y opiniones expertas gracias a los estudios previos que realizó el Gabinete. Tanto la participación en alguna empresa, como el estudio de las patentes del CSIC, el análisis de proyectos industriales y, en la última etapa, la relación con el INI, la CEOE y la transferencia

de resultados hacia la industria, fueron, entre otras, labores excelentes y pioneras del Gabinete.

Por lo que respecta al Gabinete de Prensa, bastará recordar que a lo largo de esos años la percepción social del CSIC cambió radicalmente. El CSIC dejó de ser visto como algo raro y pasó a ser noticia, al extremo de que era frecuente, tras años de desconocimiento, que desde los medios de comunicación se llamase al Gabinete cuando necesitaban información sobre algún evento científico que se hubiese producido en cualquier lugar del mundo. El Consejo mantuvo una excelente presencia en todos los medios y bastantes veces fue él mismo buena noticia; pasó a ser un organismo de confianza de la prensa. Pienso que su personal, y especialmente su jefe don Juan Bautista Rodríguez, hicieron una gran labor en pro del Consejo. Sin temor a exagerar, la ciencia se hizo algo más familiar en España gracias al Gabinete de Prensa el cual, como todo el CSIC de la época, hubo de manejarse con cantidades de dinero que hoy parecen ridículas y muestran que si hay buenas dosis de profesionalidad, la inteligencia y la habilidad se llevan bien con la austeridad.

La revista ARBOR, que ya conocía, me gustaba; en el pasado había publicado números excelentes, pero había que renovarla sin perder su última intencionalidad no política e incluso manteniendo, aunque modernizando, lo esencial de su portada, es decir, el árbol de la ciencia que además y aunque podándolo un poco mantuvimos como emblema del Consejo. Creo que la labor del nuevo director, don Miguel Ángel Quintanilla y del subdirector don José Manuel Sánchez Ron, fue, junto con su equipo, muy buena. He de reconocer, sin embargo, que nunca pudo cumplirse una de mis ambiciones, que ARBOR se vendiese en librerías y quioscos.

Casi un capítulo aparte merece la Residencia de Estudiantes y, en general, el legado de la Junta para Ampliación de Estudios, la «Junta de Pensiones», sobre cuyo patrimonio y el de la Fundación para Investigaciones Científicas y Ensayos de Reformas, creada por la República, se había iniciado el CSIC. Me alojé en la Residencia donde, además, el presidente contaba en la primera planta con un comedor; un comedor que usé muchísimo para reuniones y comidas de trabajo, tanto con el equipo directivo como con personas del CSIC y de fuera del mismo. Conocí bien la Residencia y desde el primer momento me encantó aun con su mobiliario aviejado y las moquetas mal olientes en los baños. Recuerdo, con afecto, al personal que con tanto cariño se ocupó de que no me faltase nada. Lo único que no me gustaba lo más mínimo era la extraña escalera de entrada, de

cemento y en forma curva, que no tenía arquitectónicamente nada que ver con la fachada y que me resultaba incomprensible. Debo estar a leguas de la visión del mundo de quienes colocaron aquella escalera de entrada que, con el tiempo, se consiguió sustituir por una escalera como la original.

Había leído lo suficiente sobre la Junta de Pensiones para estar convencido de que el país le debía mucho, y me preocupaba el estado de todo el complejo de la Residencia que, me parecía, había que actualizar. El pabellón Transatlántico, en particular, donde habían residido algunas lumbreras de la ciencia y del arte (por ejemplo y sin ir más lejos, Luis A. Santaló, buen amigo mío, quien me había contado el frío que en invierno se pasaba allí), estaba como he dicho antes, muy mal y había el proyecto de trasladar allí el Instituto Cajal, lo que implicaba tanto el cierre de la Residencia en los tres primeros pabellones, como el del Cajal en un espacio relativamente pequeño y no ampliable. Fui adquiriendo el convencimiento de que había que hacer algo que, a la vez, dignificase el recuerdo de la Junta y permitiese al CSIC sentirse honrado por haber heredado su patrimonio a la vez que, en la forma que fuese posible, le ayudase a tener cierta presencia cultural en Madrid. Esto, acompañado de la convicción de que la ciencia aún no formaba parte importante de la cultura nacional, me llevó a pensar en algún tipo de actuación que relacionase la investigación con la Residencia. De ahí surgió la idea del Programa de Extensión Científica, que inició don Alberto S. Insúa y que se pudo ligar con la Residencia una vez nombrado don José García Velasco director de la misma y del Programa. Posteriormente, se devolvió a la Residencia el nombre original de «Residencia de Estudiantes» y, continuando con el homenaje que algunos años antes se había efectuado en recuerdo de don Alberto Jiménez Fraud, secretario general de la Junta de Pensiones, se organizaron una serie de actos rememorando a la Junta y a los grandes personajes que habían pasado por la Residencia. Pienso que, sin negar la historia en absoluto, con todo ello se puso al CSIC en el mapa cultural de Madrid y de manifiesto las coordenadas conceptuales de quienes, en aquel momento, dirigían el Ministerio de Educación y Ciencia y el CSIC en particular.

Instalado el nuevo Instituto de Filosofía en el quinto pabellón de la Residencia, empezamos una planificación a largo plazo de lo que podía volver a ser, y significar, la Colina de los Chopos, e incluso se hicieron los primeros intentos de rehabilitación del pabellón Transatlántico que, sin embargo, no pudieron finalizar felizmente hasta muchos años después. Quiero decir, en este momento, que nunca me gustó la

idea de segregar la Residencia del CSIC y que, cuando se planteó claramente, en la medida de mis posibilidades puse todas las objeciones que pude; creía que la Residencia podía llegar a ser un gran escaparate de la ciencia española y que, hasta cierto punto, su dependencia del Consejo la alejaba en la práctica de ciertos usos que en nada habrían alegrado a los fundadores de la Junta de Pensiones. Para mí, el problema no era tanto el convertirla en un centro cultural de altos vuelos, sino que primordialmente contribuyera a la inserción de la ciencia en nuestra cultura. Aún ahora, con una Residencia brillante en tantos aspectos positivos, me cuesta olvidar que aquellos edificios no solo albergaron a residentes luego ilustres, sino también a laboratorios científicos en los que trabajaron quienes ya eran eminencias, como don Pío del Río Hortega, cuyos restos pudieron esperar en el Salón de la Residencia, transformado en capilla ardiente, su traslado definitivo cuando en aquellos años fueron repatriados desde Argentina.

Además de la Escuela de Roma, de la Residencia y del Cajal, de los que ya he hablado, había otros centros provenientes de la JAE como la Misión Biológica de Galicia, en la provincia de Pontevedra, y la estación de El Ventorillo en la sierra de Guadarrama, en Madrid. Respecto de la segunda, lamentablemente nunca se supo bien qué hacer con ella y no se llegó a nada, y respecto de la primera que seguramente ya estaba lejos de ser útil, me limité a ayudar a mantenerla en pie, a la espera de que algún día se pudiese reutilizar.

Para acabar este apartado deseo recordar la génesis de otra cosa relacionada con el pasado del Consejo, que yo me empeñaba constantemente en retrotraer a antes de la guerra civil, por más que estuviese vigente la ley de 1939; por ejemplo, con motivo de colocar en la Sala de Juntas las fotografías de quienes habían presidido titularmente el organismo, quise empezar con los presidentes de la Junta, don Santiago Ramón y Cajal y don Ignacio Bolívar. Pues bien, el CSIC no disponía de ninguna medalla con la que distinguir a investigadores o personalidades ilustres; lo único que, derivado de la ley de 1939, existía aunque ya no se utilizaba desde hacía muchos años, era la medalla de Consejero de Número y como sea que aquellos consejeros ya no se reunían, ni tenía sentido hacerlo, había que buscar algo nuevo. Lo que hicimos fue crear la medalla Cajal en las tres categorías de bronce, que podía otorgar discrecionalmente el presidente del CSIC, así como de plata y de oro que sólo podían otorgarse a través de la Junta de Gobierno. Todas ellas debían inscribirse en un libro de registro que, con el tiempo, sería un buen elenco de visitantes ilustres y amigos del Consejo a quienes tener al corriente de la marcha del organismo

y a los que, tal vez, involucrar en algunas actividades especiales. Siempre me quedé con las ganas de organizar unos cursos científicos de otoño-invierno para estudiantes de postgrado con la participación de investigadores del Consejo y de fuera del mismo; pero, con demasiada frecuencia, el día a día era agotador, y los recursos económicos escasos.

5. La parte tecnológica del CSIC

Actualmente las cosas han cambiado notablemente, pero no hay que olvidar que en España el grado de doctor en ingeniería y arquitectura no se estableció hasta 1964; que las primeras tesis hechas en forma regular debieron empezar a presentarse al principio de los años setenta y que sólo en Informática, y después de 1980, se dio el título de doctor a graduados por otras Facultades o Escuelas Técnicas Superiores. Quince años no es un plazo en el que nuevos usos y costumbres que chocan con la mentalidad vigente se establezcan definitivamente y recuerdo que algunos científicos del Consejo me habían comentado como, en centros del antiguo Patronato Juan de la Cierva, se desaconsejaba, por no decir que se prohibía, hacer la tesis doctoral. Personalmente, en el seno de las escuelas de arquitectura he oído decir, a gente de cierta relevancia y a finales de los sesenta, frases como «¿Te imaginas que a Gaudí le hubiesen obligado a hacer el doctorado?». Algo me imaginaba, pero en dirección inversa a la pretendida; me imaginaba las dificultades de cinco arquitectos juzgando una tesis de Gaudí. Más bien me imaginaba a Gaudí examinándolos a ellos. Aquellas actitudes ya no tenían sentido ni desde el lado más estrictamente profesional.

¿A qué viene empezar este párrafo con tal comentario? Pues al hecho de que el mundo de la técnica depende en un grado importante de la industria que hay en el país y, por tanto, a medida que la industria se ha modernizado también lo ha hecho la enseñanza y la investigación tecnológica que, hoy en día, no está limitada a las escuelas de ingeniería clásicas. Debería ser obvio, pero prefiero decirlo, que eso no significa que antes de 1980 (o la fecha que se prefiera) no hubiese habido investigación tecnológica y, muchas veces de calidad; es innecesario sacar a relucir la lista de nombres ilustres que, además, no fueron tantos como no lo fueron en otros ámbitos de la investigación y son bien conocidos. Pero había una estructura conceptual atrasada que, en parte, quedaba reflejada en la idea de que «los ingenieros no publican como los biólogos» que, claro está, sólo podía ser correcta en

el sentido de publicar en revistas distintas. Por ejemplo, en los años setenta las muchas revistas de la IEEE ya eran bien conocidas y, desde luego, los investigadores tecnológicos de centros como el MIT publicaban como los biólogos y hasta con los biólogos. Las cosas iban madurando y al comienzo de los años ochenta empezaba a percibirse un cambio de mentalidad pero, en cierta medida, algunos de los centros del CSIC habían quedado anclados en el pasado. Un pasado que en épocas nada lejanas fue el de la autarquía, el aislacionismo y el comienzo de la industrialización masiva, en la que el Estado utilizó a los centros tecnológicos del Consejo para muy variados sectores y propósitos. Además, había el problema de que los investigadores de algunos de esos centros no estaban habituados a la competitividad y los criterios de evaluación externa a los que se habían habituado los de los centros más científicos; había un poco del «yo me lo guiso y yo me lo como» y del «somos muy buenos porque nosotros lo decimos», que no es privativo, ni mucho menos, del ramo tecnológico. Recuerdo, por ejemplo, que fue entonces cuando definitivamente se acabó la financiación de investigación técnica con «tasas» de la construcción, de la metalurgia, etc., un sistema que no favorecía la modernización de los centros involucrados.

Todo ello colocaba a algunos centros tecnológicos del CSIC en un período de transición cuyo fin me resultaba tan difícil de prever como difícil me resultaba suprimir centros que, luego, con la reconversión que fuere, podían dar mucho de sí debido al conocimiento que albergaban y con personal que, además, había hecho grandes esfuerzos en un pasado en el que del «copiar, mejorar, innovar», típico de la tecnología, habían tocado bien las dos primeras palabras y, en algunos casos, la tercera. El CSIC tenía un serio problema de futuro con esos centros que, además, se veía agravado por el procedimiento de selección y promoción de sus investigadores en el que la gente formada en ellos no podía competir en cuanto a publicaciones y estancias en el extranjero con los formados en los centros más científicos. Desde luego, no todos los centros encajaban en esa problemática; recuerdo, por ejemplo, el caso del Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos de Valencia que, ya entonces, parecía bien encarrilado.

Lo que se hizo fue, al fin y tras pensarlo mucho, abrir nuevas vías (Microelectrónica y Biotecnología, desde luego, pero también Nuevos Materiales, Láser, Inteligencia Artificial, cambiar por el de Ciencias del Mar el antiguo nombre de Investigaciones Pesqueras de varios centros, etc.), de penetración de nuevos investigadores que pudiesen ayudar a renovar usos y costumbres; cerrar algunas vías claramente

obsoletas y tras algunos estudios, a veces con gente de fuera del CSIC y del país, intentar reformar a determinados centros (como fue el caso de los institutos Torroja de Madrid y del Carbón de Oviedo), incluso nombrando directores externos. Además, a través de la programación se intentó aglutinar lo que pudiese tener más futuro en líneas cooperativas dentro y fuera del CSIC.

En aquellos años aún no había proyectos europeos, ni fondos FEDER, ni fondo social europeo. Con ello, y en la inmediatez de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea, tampoco era cuestión de dar carpetazo a centros que, como el CENIM, Carboquímica de Zaragoza y Carbón de Oviedo, eventualmente podrían llegar a ser competitivos e incluso disponer de alguna instalación que bien no la había en otros países europeos, bien las existentes no eran suficientes. En otros casos, la creciente desertificación del país y la tecnificación de la agricultura podían llevar a que, en el futuro y no solo con fondos nacionales, centros como Zonas Áridas, Aula Dei, Estudios Pirenaicos, etc., pudiesen reaccionar en forma positiva al igual que lo pensábamos de aquellos antes citados. A tantos años de distancia no tengo una idea muy clara de cómo ha evolucionado toda esa parte, a mi juicio importantísima para el futuro del CSIC. Mis únicas referencias actuales se corresponden con centros que no quedan alejados de mi propio campo de investigación, como Inteligencia Artificial, por descontado, Microelectrónica y Automática.

Quiero insistir, antes de cerrar este apartado, en que, aún sin tener demasiada información sobre el estado actual de los centros de tendencia tecnológica del CSIC y suponiendo que, como en las universidades españolas, la producción de tecnología se ha ampliado a otros centros que antes se clasificaban como de ciencia pura, la dedicación a los procesos tecnológicos y no sólo a los productos, es de gran importancia. Disponer de personal formado y con buen conocimiento de sectores industriales determinados, me parecía relevante y, de hecho, nunca llegué a poner encima de la mesa una idea que me revoloteaba por la cabeza: la de juntar algunos de esos institutos en un nuevo y gran centro de tecnologías industriales, con una unidad orgánica dedicada a la conexión con el mundo (los mundos, en realidad) industrial. Uno de los elementos que me hacían revolotear esa idea era la ya entonces clara noción de que, de alguna manera, la creciente informatización de los procesos y la diversificación de sectores, no aconsejaba la dispersión del esfuerzo en tantos centros; que una capaz dirección única y la entrada de gente joven podía hacer milagros. Pero, como he dicho, ni llegué a explicitar la idea aunque creo haberla discutido con don Ignacio Fernández de Lucio.

6. Antes de concluir

A medida que voy escribiendo y me voy cansando de hacerlo, veo que me va a quedar mucho por intentar aclarar de cuanto se hizo en mi época de presidente. También va creciendo en mí la duda sobre si es mi misión hacer un relato, necesariamente sesgado aún con la intención de que no lo sea, de cuanto se hizo ó dejó de hacerse y que, posiblemente, hubiese sido mejor que alguien bien preparado me hubiese hecho una entrevista. Es decir, que este artículo en lugar de un monólogo hubiese sido un diálogo con alguien bien informado que me fuese sacando los recuerdos que considerase interesantes. Tal vez; no lo sé a ciencia cierta, pero me atosiga un poco la duda sobre si aquello de lo que intento dar una explicación importa o sólo se trata ya de recuerdos del abuelo que, además, él ha idealizado.

Sea lo que sea, el hecho real es que me he ido cansado de escribir, por lo que lo mejor será que dé unas pinceladas más o menos rápidas a una parte de los recuerdos que van aflorando y finalice el artículo, si soy capaz de ello, con unas conclusiones lo menos lacrimógenas que pueda. A lo largo de estos días veraniegos en que he venido consultando mis libretas de notas de aquella época, tomando algunos apuntes y escribiendo a continuación lo que me venía a la memoria, me he dado cuenta del mucho afecto que tengo por el CSIC. Creo que entonces llegué a considerarlo como algo mio lo que, sin duda, debió ser un error que pudo llevarme a cometer otros de los que ahora no soy plenamente consciente y por los que, a quien afectase injustamente, pido disculpas. Pero, con ánimo de no divagar, vayamos a las cosas; por lo menos a las anécdotas y dejemos aparte los sentimientos.

Creo que una de las joyas del CSIC, gracias al profesor Valverde, recientemente desaparecido, es la Estación Biológica de Doñana y, naturalmente, le dedicamos toda la atención que nos fue posible pese a que, como he dicho antes, siempre nos movimos dentro de una notable austeridad presupuestaria. Recuerdo los problemas que provenían de no tener las líneas eléctricas enterradas y que, al fin, pudieron enterrarse; también recuerdo con ilusión la inauguración del Centro de Sevilla en el recinto de la Exposición de 1929, concretamente en el que había sido el Pabellón de Perú, así como la gran cantidad de animales que, prensados y en bolsas de plástico, se guardaban allí. Recuerdo, muy especialmente, lo sorprendido que quedé cuando, al visitar en 1985 o 1986 el «Palacio» de la Estación, vi las malas condiciones en que estaban las pocas y pequeñas habitaciones que, durante las vacaciones de Agosto, ocupaban el presidente del gobierno y su

familia. Por ejemplo, el presidente debía afeitarse con un espejo que, de tan «picado» como estaba tenía mala visibilidad y las camas eran, claramente incómodas. Quedé tan desagradablemente sorprendido de la mala hospitalidad que, a ese respecto íntimo, el Consejo le ofrecía al presidente y a su familia que, de inmediato, ordené a la Secretaría General que respetando, como así se hizo, el ánimo de austeridad de la familia González, se procediese a dejar aquellas habitaciones en, por lo menos, la categoría de una pensión.

Situado en Andalucía y recordando una anécdota de la parte oriental, me viene a la memoria la vez que, en mí vida, me he sentido a la vez más sorprendido y anonadado. Visitando la Estación Experimental del Zaidin, en Granada, su director, don Julio Boza, me preguntó si quería saludar a la cocinera, una señora ya mayor que desde hacía muchos años trabajaba allí. Le dije que fuésemos a saludarla a la cocina y, cuando el director me presentó como el presidente, ¡me hizo una genuflexión y me besó la mano! Es difícil explicar cuán confuso me sentí, pero de inmediato caí en que para ella el presidente era alguien tan importante como un obispo y quien sabe si en su cabeza no flotaba aún el recuerdo de la época en que quien dirigía el CSIC era, realmente, un sacerdote. Nunca sabré si esa hipótesis se acerca a la realidad pero, ciertamente, la opinión de que el CSIC «era del Opus» también había formado parte de lo que muchos pensaban del organismo.

Sería un tanto absurdo que en estos recuerdos obviase hablar del caso de Cataluña, la Comunidad Autónoma con cuyo gobierno había en aquella época más dificultades por el hecho de que su Estatuto les confiere competencias exclusivas en materia de investigación, un tema sobre el que hubo de pronunciarse, finalmente, el Tribunal Constitucional, en el sentido de que esas competencias debían entenderse como compartidas. Pero eso sucedió luego y nosotros nos encontramos con serias dificultades conceptuales para llegar a firmar un acuerdo marco de cooperación con la CIRIT (Comissió Interdepartamental de Recerca i Innovació Tecnològica), el organismo de la Generalitat entonces encargado de la investigación. No recuerdo exactamente cuantos borradores se discutieron, pero fueron bastantes hasta que al final llegamos a un acuerdo a partir del cual las cosas, que habían empezado mal (al comienzo y en una comida con el consejero de educación no conseguimos entendernos en casi nada), marcharon satisfactoriamente. Conviene recordar que habíamos firmado convenios con ayuntamientos, diputaciones, universidades y que la mejora de los centros del CSIC en Cataluña ya se veía claramente con, además, la política de creación

de nuevos centros: Microelectrónica, Análisis Económico y Nuevos Materiales en Bellaterra, así como el Centro de Estudios Avanzados en Blanes. Si hubiésemos querido habríamos podido actuar con total independencia de la Generalitat pero nuestra intención era que, sin renunciar nadie a nada, la investigación progresase.

Entre mis recuerdos de cosas relacionadas con Cataluña se me aparece la primera vez que visité el edificio de la calle Egipciques. Mi impresión fue ciertamente muy mala; aquel enorme edificio estaba casi vacío y había bastantes despachos que, según los letreros de sus puertas, pertenecían a ilustres catedráticos de universidad que, claramente, llevaban años sin utilizarlos. Además, en los sótanos se encontraban, en mal estado de conservación, cientos de libros publicados por el CSIC que no se habían distribuido. Para acabar de dar una impresión desfavorable, el puente que en los años cuarenta se había construido y que comunicaba el edificio del CSIC con el precioso edificio de la Biblioteca de Catalunya i el Institut d'Estudis Catalans, no sólo estaba cerrado sino que ese cierre era el símbolo de una incomunicación intelectual de raíces lamentables. Hay que tener en cuenta que el régimen franquista había intentado hacer desaparecer el Institut (que en 1976 reconoció un decreto del gobierno de la nación) y había cambiado el nombre de la Biblioteca de Catalunya por el de Biblioteca de la Diputación Provincial de Barcelona, con lo que aquel puente no era visto como de comunicación sino de invasión. El día que el presidente del Institut y yo firmamos un acuerdo de colaboración, el puente fue reabierto. Después de aquella primera visita, la decisión de mejorar tan importante escaparate del CSIC en Barcelona estuvo tomada y empezaron los planes de arreglo y ampliación del edificio y de la Residencia que allí había, de abrir una librería del CSIC, de usar para más actos científicos y culturales el Salón de Actos que, además de envejecido tenía una pésima iluminación. Con más o menos lentitud algo pudo hacerse.

En una visita que el presidente de la Generalitat había efectuado al Instituto de Ciencias del Mar de Barcelona y a la que yo le acompañé, al despedirse me dijo claramente que si, en su opinión, todos los centros del CSIC de Cataluña debían ser traspasados, agradecía mucho que los mejorásemos y que progresasen. Por lo menos estábamos consiguiendo tanto unas relaciones relativamente menos tensas como que el personal del Consejo en Cataluña pudiese ver el futuro con más tranquilidad.

En cuanto a las relaciones con el Ayuntamiento de Barcelona debo decir que estuvieron marcadas por la franqueza y, en buena medida,

ligadas a sus planes urbanísticos. El CSIC poseía varios antiguos y estrechos inmuebles en la parte vieja de la ciudad cercana a la calle Egipciaques, los cuales además de estar en estado ruinoso, ya no estaban habitados por personal del CSIC ni por familiares directos de los mismos; lo mejor que podía hacerse era derribarlos y dejar los pequeños espacios a disposición municipal para ubicar en ellos jardincillos que quitasen densidad y diesen luz a aquella parte de la ciudad. Con mil dificultades legales y prácticas así pudo hacerse. Por otra parte, el Instituto de Ciencias del Mar estaba junto al puerto, en el centro de una plaza y había que quitarlo de allí, lo que implicaba construir un edificio nuevo. Como sea que la aportación económica que, en principio debía efectuar la Junta de Obras del Puerto, no llegó a materializarse y como el Ayuntamiento pretendía que lo reubicásemos en un lugar que llevaba a un gasto tal que si, de una parte no podíamos afrontar, de la otra y al quedar mezclado con un acuario público, podía desnaturalizar las características del centro y limitar en el futuro cualquier ampliación, la solución hubo de esperar a muchos años después. Algo análogo sucedió con el Jardín Botánico del Ayuntamiento, en la montaña de Montjuich, una joya que debía ser ampliada y modernizada y que hace poco ha visto culminadas las acciones entonces iniciadas. Ya en 1988 se creó con el Ayuntamiento, y pensando en la presencia de la ciencia en las Olimpiadas de 1992, la Fundación Olimpiada y Ciencia que quedó abortada por incomprensiones que, faltas de visión, llevaron a que en aquel magnífico evento la ciencia brillase por su ausencia cuando pudo ser la primera vez en la historia que ciencia y olimpismo apareciesen juntos. Desde mi punto de vista, fue una pena perder una posibilidad que habría arrancado en nuestro país.

Las relaciones con la Universidad Autónoma de Barcelona fueron, pienso, modélicas. También recuerdo, con especial afecto, el problema que con el pequeño edificio del instituto Padre Sarmiento, tuvimos con la universidad de Santiago de Compostela. El edificio limita el crecimiento del rectorado de esa universidad que, razonablemente aspira a incorporárselo (o retrotraerlo, en sus ideas) y pudo haberse convertido en un serio problema de no ser por la comprensión y delicadeza del Rector de entonces, don Carlos Pajares.

No sucedió igual en otros casos. Por ejemplo, en Granada no hubo nada que hacer con el maravilloso palacio de La Madraza, que había sido ocupado en forma asaz extraña por la universidad. Con la Autónoma de Madrid el trato resultó difícil pese a las inversiones que, desde hacía años, el CSIC venía haciendo allí. Por escasas que fuesen las ganas de gastar dinero en terrenos, debimos hacerlo en el caso de la

parte madrileña del Centro Nacional de Microelectrónica, al no ver una manera equitativa de construirlo en el campus de la Autónoma. En cambio, con la Complutense las cosas siempre fueron bastante francas e incluso, con el Rector don Gustavo Villapalos, llegamos a plantear el traslado a la ciudad universitaria del Centro de Investigaciones Biológicas entre otros; algo que, según he oído decir, sigue adelante pero que aún no se ha completado. El único instituto de Madrid al que, por propia voluntad dejamos en la ciudad, fue el Instituto Cajal que ni nunca había estado en la Universidad ni ello se había planteado, y que conservaba un pequeño museo con un legado de instrumentos, libros y pertenencias de don Santiago Ramón y Cajal. Cuando salí del CSIC las obras de su nuevo edificio estaban muy avanzadas.

El peor recuerdo que tengo de las relaciones con las universidades es el que provino de la difícil situación que encontré, y que venía de tiempo atrás, en el Instituto de Productos Naturales Orgánicos en Tenerife, un centro mixto entre el CSIC y la Universidad de La Laguna donde por conflictos que difícilmente cabría calificar con palabras moderadas desde el punto de vista de un investigador habituado a la cooperación usual entre científicos, se había llegado a las manos entre algunos investigadores. El problema obligó a acciones tan ridículas como que don Alfredo Pérez Rubalcaba y yo mismo debiéramos viajar a La Laguna para amenazar con las «penas eternas del infierno» a los investigadores del IPNO, sin que ello surtiese grandes efectos y, si no recuerdo mal, finalmente hubo que partir el edificio en dos institutos separados, el del CSIC y el de la Universidad. Una situación lamentable ya que, además era un buen centro, de la que no sé cómo evolucionó posteriormente y que deseo lo hiciese en la mejor dirección de mejora y convivencia.

Al ir a poner punto y final a este apartado me han venido a la memoria tres cuestiones que tienen que ver con Granada. La primera, la satisfacción que tuvimos al poder inaugurar un nuevo edificio para el Instituto de Astrofísica de Andalucía que, en no demasiados años, se había convertido en un centro de investigación prometedor gracias al trabajo de su gente y, desde luego, de su director de entonces don José María Quintana, con quien he continuado manteniendo una buena amistad, al igual que con don Alvaro Giménez, entonces investigador allí, por quien he venido teniendo noticias de la evolución del centro y que, en Octubre de 1995, me sustituyó como Director General del INTA cuando pasé a la Secretaría General del Plan Nacional de I+D. La segunda, el recuerdo de que los intentos de modernizar el Instituto López-Neyra, nos llevaron a fijar la atención en unos terrenos que si

no recuerdo mal estaban en el término municipal de Armilla y que, según creí entender recientemente, van a servir para otros centros del CSIC en el entorno de Granada. Finalmente, el fracaso del intento de establecer en Granada un centro de estudios avanzados parecido, aunque no idéntico, al de Blanes y, también, con una parte importante dedicada a la Inteligencia Artificial. La operación fracasó por el empeño de la Junta de Andalucía de no invertir en nuevas tecnologías sino en Málaga, donde consideraban que el entonces recién diseñado Parque Tecnológico iba a concentrar importantes centros de I+D. Fue una lástima ya que la excelente evolución posterior de la investigación en Inteligencia Artificial en la Universidad de Granada, pudo ser más importante si cabe y haber atraído allí desde el principio a investigadores de todo el mundo en un edificio específico. La verdad es que de mi idea de los centros de estudios avanzados, instalados en lugares con un entorno físico excepcional (la Costa Brava, la isla de Mallorca y la ciudad de Granada) y mezclando investigadores de campos distintos que, con el tiempo, pudiesen inter-relacionar, no ha quedado nada.

7. A modo de conclusión provisional

7.1. Como he indicado al comienzo, mi llegada al CSIC me resultó complicada y pasé, hasta mucho después del verano de 1984, momentos de gran angustia. Para dar una idea, a los pocos días de llegar, y con motivo de que don José María Maravall (quien, dicho sea de paso, fue un gran ministro para el CSIC) iba a imponer a don Francisco Solano una condecoración, en un acto a celebrar en el edificio de la calle Medinaceli, quise ir antes de la llegada del ministro para conocer los institutos allí alojados. Como sea que me empeñé en entrar en la cámara ignífuga, construida después del incendio de unos años antes para salvaguardar verdaderos tesoros bibliográficos, el ambiente enrarecido del aire me afectó y produjo una bajada de tensión; minutos antes de la llegada del ministro, a quien recibí en la puerta del edificio, yo estaba echado en el suelo recomponiéndome como podía. Eso debía suceder a finales de mayo de 1984 y, en el mes de julio, SM el Rey iba a presidir un acto en el CSIC acompañado del entonces Ministro de Obras Públicas. Un acto que, en principio, se había previsto efectuar en el Salón de Actos de Serrano el cual, careciendo de aire acondicionado, orientado a poniente y lleno de gente, podía resultar agobiante. Decidimos poner aire acondicionado urgentemente, pero el gran volumen del salón obligaba a una instalación notable que, obviamente, no iba

a estar lista para el día del acto, con lo cual debimos trasladarlo al salón de actos del Instituto Torroja que, aun pequeño, tenía aire acondicionado y permitió que todo transcurriese sin calor ni agobio. Desde 1984 no se volvió a sufrir calor en el gran Salón de Actos del CSIC que fue generosamente usado para una gran variedad de actos tanto organizados por el Consejo como por otros.

Colocados en la sede del CSIC en Serrano, recuerdo mi impresión (compartida con todo el equipo directivo) del excesivo papel que en la marcha del organismo y por simple proximidad, tenían el personal y los centros del entorno de las calles Serrano y Velázquez, en contraste con los más alejados de allí y, en particular, los de fuera de la capital. En parte por eso utilicé la posibilidad que un artículo de la Ley de 1939 daba al CSIC, para tener delegaciones territoriales y establecerlas en las Comunidades Autónomas; deseaba que los investigadores del organismo pudiesen tener un puente de comunicación institucional y lo más cercano posible con la dirección del Consejo y con las autoridades autonómicas. También intenté llevar las oficinas centrales a un lugar alejado de aquel entorno y, recuerdo que el vice-secretario general don Gustavo Monge encontró unos locales magníficos en Las Rozas de los que el Ministerio no quiso ni oír hablar para un traslado que, a todas luces, hubiese generado tensiones con el personal que trabajaba en el edificio central. Seguramente tuvieron razón, pese a lo económica que resultaba la operación y a lo bien que estaban aquellos edificios que, si recuerdo bien, habían pasado a ser propiedad de Caja Madrid. Sin embargo el «peso» de aquel entorno a veces resultaba un tanto cargante.

Habiendo citado a Caja Madrid, los problemas de liquidez que con frecuencia se tenían (alguna vez, por los retrasos en las transferencias de Hacienda, venía muy justo abonar la nómina), pudieron aminorarse gracias a un convenio con esa institución por el cual nos gestionaban bancariamente la parte económica y adelantaban dinero si convenía, a cambio de establecer un programa de becas, ya que no podíamos, en aquella época de altos intereses, sacar rendimiento alguno de las cuentas bancarias. Fue don Gustavo Monge quien negoció el asunto y algo parecido ocurrió con la adopción de una agencia de viajes para gestionar los muchos que continuamente efectuaban los investigadores del CSIC. Esas acciones fueron pioneras y poco después tanto universidades como organismos autónomos siguieron la iniciativa. Siempre, en los puestos que he desempeñado, he procurado optimizar los recursos públicos.

Sería injusto que olvidase mencionar la enorme labor que, en lo referente a los temas de personal, realizó doña Angela Santamaría,

entonces vice-secretaria general, y que no sólo ayudó a solucionar muchos de tipo global sino que, con una paciencia infinita, debido a su convencimiento de que el CSIC es una comunidad de personas, atendió a una inmensa cantidad de problemas de tipo personal tales que, a veces, me refería a ella cariñosamente como «nuestra psicóloga». Hubo un tiempo en que en un patio interior del complejo de Serrano, se montaba un mercadillo de ropa al que acudían multitud de funcionarios del Consejo y que, a mí, me sacaba de quicio con solo pensar en la imagen que daba, aparte de su ilegalidad. Pues bien, aunque nunca supe como Ángela Santamaría lo consiguió, el hecho fue que aquel espectáculo lamentable desapareció.

Espectáculo también lamentable, aunque desde luego de un carácter totalmente distinto, era el que ofrecían a los visitantes las salas del Museo de Ciencias Naturales, en un edificio compartido con la Escuela de Ingenieros Industriales. Recuerdo que en mi primera visita había lugares de las salas que no se podían pisar a riesgo de hacerse daño, ya que el entarimado cedía al peso de una persona. Los huesos, debidamente clasificados y numerados de un animal que no recuerdo (¿tal vez un mamut?) estaban guardados en un cuartucho del que no se podía abrir la puerta a menos que uno estuviese dispuesto a que todos aquellos huesos se le viniesen encima. El Museo me obsesionó durante todos los años en que ocupé la presidencia y, cuando se decidió convertirlo en Centro con Patronato para involucrar a más partes en su modernización, pasé uno de los peores momentos de mi vida al ir voluntariamente a notificar a su director e importante naturalista, don Emiliano Aguirre, a quien tenía y tengo en altísima consideración, que sería sustituido al frente del Museo, una noticia que él recibió con gran elegancia. Con el Patronato y doña Concha Sáenz como directora, el Museo empezó a ir a mejor, pero la pronta (para mi gusto) marcha de la directora que fue, si no recuerdo mal, nombrada gobernadora civil de Castellón, volvió a poner sobre la mesa un problema del que había dicho, hasta en la prensa escrita, que Madrid se merecía «otro» Museo de Ciencias Naturales. Muy poco antes de mi marcha del CSIC, y gracias al profesor Antonio García-Bellido, fue posible encontrar una persona que reuniese las condiciones de investigador y gestor de un museo; fue don Pere Alberch, tristemente fallecido a una edad temprana, que había sido «curator» del museo de Harvard, a quien contacté de inmediato y con quien el Museo podía, a mi juicio, dar el salto cualitativo que deseábamos. Sin embargo, sólo llegué a hablar con él y saber de su disponibilidad para trasladarse a Madrid a desempeñar la dirección.

7.2. A punto de terminar estas páginas me doy cuenta de lo mucho que va a quedar por decir y lamento que, posiblemente, algunas de esas cosas pueden ser más importantes que las relatadas. Sin embargo, en mi memoria han ido apareciendo como lo han hecho y deberé quedar en deuda con todo lo que faltará; con lo que faltará y con las personas que jugaron algún papel en ello. Nada he dicho de las relaciones con don Severo Ochoa, quien me enseñó algo que no he olvidado y que he citado muchas veces: que lo importante en el mundo de la investigación es la continuidad y que las discontinuidades son catastróficas. Como en tiempos recientes hemos podido notar los investigadores españoles, don Severo tenía mucha razón. Tampoco he dicho nada de la génesis del Instituto de Filosofía que, realmente fue casi un empeño personal (al igual que lo fué el de Análisis Económico, del que tampoco me ha llegado el tiempo para decir algo) y que, gracias a que don José Luis Aranguren aceptó presidir su Patronato y don Javier Muguerza dirigirlo (aunque sólo «en funciones»), pasó a ser rápidamente un instituto importante. Ni he hablado de otra joya del CSIC, el Real Jardín Botánico de Madrid, y de las exposiciones y actos que en él y con la dirección de don Santiago Castroviejo, se organizaron y que siempre dejaron al CSIC en muy buen lugar. Por citar una sola, citaré la última que fue de material médico-espacial soviético, a cuya inauguración asistí convaleciente de un primer cólico biliar, un problema de salud que me ha afectado hasta hace poco. Ni hablaré del Centro de Biología Molecular, ni del Centro Nacional de Biotecnología, ni del Centro de Computación de Andalucía en Sevilla, ni del curioso instituto de armas en Extremadura, ni de cómo se llegó a poner el primer CEA en Blanes, ni del Instituto de Musicología de Barcelona, ni de la reconversión de revistas,..., ni de otras muchas cosas. Si quiero, sin embargo, citar, para concluir, algo menor y algo mayor. Lo menor hace ver como las cosas más sencillas pueden ayudar en la marcha de las comunidades de personas. Creo que fue por consejo conjunto de Antonio Ballester y Javier López Facal, que decidí enviar a todos cuantos ocupaban una nueva plaza en el CSIC, una breve carta de felicitación y bienvenida, y me ha alegrado mucho cuando a lo largo de estos últimos quince años he reencontrado a gente que me han dicho cuanto les satisfizo recibir aquella carta que les producía la sensación de incorporarse a un proyecto común.

En cuanto a la importante, se trata del borrador de proyecto de reglamento que, como he dicho, se fue elaborando después de la Ley de 1986, con continuidad pero sin prisa ninguna, pensando en introducir mejoras evidentes para todo el personal y para el funcionamiento del

Consejo, con la preocupación de la manera de ponerlo en marcha cuando tocase. Recuerdo que habíamos incluido en él un punto en el que se daba una traducción al inglés del nombre «Consejo Superior de Investigaciones Científicas» nombre que, en la elaboración de la Ley de la Ciencia, se había pensado en cambiar por el de «Instituto Nacional de Investigaciones Científicas» y que, con el argumento de que hacer nominalismo no merecía la pena y menos si iba a costar dinero ya que ello comportaría confusión en las innumerables bases de datos donde figuraba el CSIC, el ministro Maravall aceptó mantener. Una de las figuras que en aquellos borradores (hubo varios que fueron evolucionando a lo largo de más de un año) aparecían y que personalmente juzgaba importante, era la de Coordinador de Área Científica, un nuevo puesto que veíamos como un refuerzo de la programación (proyectos + personal + locales + aparataje), en forma transversal a los institutos y trasladando continuamente información desde los grupos de investigación y las direcciones de los institutos al equipo directivo y viceversa.

En mi opinión, una de las muchas razones por las que los años 1984-88 no han sido generalmente juzgados como años malos para el CSIC, fue la compenetración que se dio entre el presidente y el secretario general, algo que no siempre se había producido y que, si como otras muchas cosas, hay que poner en el haber de don Salvador Meca, en mi caso no sólo provino de la constatación de que el secretario general era muy buen funcionario y excelente profesional, sino del convencimiento de que mis incapacidades con lo legal y directamente presupuestario requerían de su trabajo, algo que con frecuencia intentaba resumir en la frase «necesitamos a alguien que sepa no sólo sumar sino también restar y que conozca bien la administración del Estado». Naturalmente, en los borradores del proyecto de reglamento esas ideas genéricas iban tomando forma a lo largo de unas discusiones del equipo, a veces ampliado con otros directivos, que intentaban no dejar ningún cabo suelto para que el Consejo pudiese contar con unos órganos de gestión que fuesen lo mejor posible dentro de la administración del Estado con cuyas reglas, en mi opinión, se puede llegar a hacer casi todo lo que se quiera hacer, si se cuenta con la colaboración de buenos funcionarios que entiendan bien y hagan suyos los fines del organismo.

Algo que juzgábamos importante era que, una vez el borrador estuviese en su fase final y las líneas esenciales fuesen aceptadas por el ministerio (en el comedor de la Residencia manteníamos algunas reuniones con el Secretario de Estado para analizar conjuntamente lo que iba saliendo), debíamos encontrar la manera de que tanto los

órganos colegiados (esencialmente las Comisiones Científica y Económica), como representaciones del personal, pudiesen emitir su opinión en forma ordenada y útil. Nos hubiera gustado que el nuevo Reglamento tuviese una aceptación y una vigencia temporal más amplia que el de 1977. Mi cese en octubre de 1988 me alejó, naturalmente, del proceso; un proceso que luego no he seguido y del que únicamente sé que el nuevo reglamento se aprobó en 1993.

7.3. Con todo, aún quedan dos recuerdos que quiero comentar. En la antesala del despacho del presidente del CSIC había, cuando llegué, dos enormes cuadros, uno del padre Albareda, durante muchos años secretario general, y quien realmente dirigía el organismo, y otro del que fue a la vez presidente y embajador en Lisboa, don José Ibáñez Martín. Cada día al llegar allí me venía a la memoria que el segundo había sido, como ministro y después de la guerra civil, el responsable último de la «depuración» que a mi abuela paterna, maestra nacional y persona muy religiosa, se le había impuesto una vez terminada la guerra, por mantener en el aula el retrato del presidente de la república y por no haber boicoteado la enseñanza entonces impuesta. Por un tiempo sufrió un traslado forzoso desde un grupo escolar de Barcelona a una pequeña escuela de un lugar entonces recóndito en el Pirineo. Hice retirar el retrato de Ibáñez Martín y conservé el de Albareda; éste último había hecho mucho por el CSIC.

El otro recuerdo es el de un error grave. En mis últimos meses en el Consejo no supe ver la importancia del proyecto Genoma, del que entonces tuve las primeras noticias y no hice nada al respecto. Sin duda tenía que haberme informado mejor y apoyado alguna iniciativa que, como se hizo con otros temas, hubiese permitido un posicionamiento con tiempo suficiente. Lo he venido lamentando desde algo después de dejar el CSIC y lo cuento como un ejemplo de que quien está al frente del Consejo tiene que saber ver más allá de lo inmediato. En ese caso no supe hacerlo y, por descontado, no me consuela que no fuese el único.

7.4. Confío en que todo lo que antecede no será visto como ningún tipo de reivindicación ni intento de justificación de nada; lo hecho, hecho está y es a otros a quienes corresponde su análisis y crítica en el sentido que sea. Por mi parte, sólo he querido ofrecer una serie de recuerdos, esencialmente basados en mi memoria personal, que puedan ayudar a comprender cómo viví la situación del CSIC entre 1984 y 1988. Sin duda que de lo que antecede cabría filtrar una cierta idea del CSIC; la idea del mismo que me formé y que no era compartida por todos los que, entonces, estaban en el Consejo o tenían alguna

responsabilidad sobre el mismo. En todo caso esa idea, que no podía quedar congelada sino que debía evolucionar con el tiempo, corresponde a 1988 y desde entonces ha pasado mucho tiempo y muchas cosas. Ojalá que el CSIC, con todo un organismo científico típico del primer tercio del s. XX, sepa ser dinámico y evolucionar hacia uno del s. XXI en el que principios como los de libertad, dignidad, opinión y elegibilidad efectivas de los investigadores, buenos usos y costumbres que cuentan entre los típicos del mundo democrático, se den en equilibrio y confianza mutua con la ejecución de aquellos programas que, si es el caso y en ejecución de la política gubernamental de I+D, se le confíen al Consejo.

Finalmente, de nuevo con don Emilio Lledó y su libro *El surco del tiempo*: «Las palabras escritas sólo «crecen» en aquel que las incorpora en su propio tiempo, que traza con esas palabras nuevos senderos, que engarza nuevas ideas, que las siembra en otros». Me gustaría que así pudiese ser.